

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LXI

MADRID, 15 DE ABRIL DE 1934

NÚMERO 15



Aurora boreal

EL PAJARO DE CRISTINA

(Un cuento de Pascuas de Resurrección)

(Continuación)

“Está palideciendo.”

“¡Ahora, ahora!” El fuego era más intenso todavía. Sin moverse del sitio estaban los hombres temblando de miedo.

“La luz boreal siempre significa algo raro”, dijo el viejo sereno.

“¿Anunciará una guerra?”, dijo el criado.

“¿O el ocaso del mundo?”, dijo el sereno.

Los hombres se arrodillaban en la nieve. Con profunda devoción oraron. Los unos con voz baja, los otros en alta voz: “¡Señor, ten piedad de nosotros!”, repetían una y otra vez.

Transcurridos tres cuartos de hora no había más que un suave tinte color rosa sobre el lago helado y en los campos de nieve. Como si todo el mundo fuera un jardín de rosas. Luego también palideció suavemente.

Pero los corazones no se tranquilizaron tan pronto; quedó el temor.

“Tenemos que meditar sobre lo que nos ha querido decir la luz boreal”, dijeron los hombres. “Si fuera señal de alarma y nosotros no le hiciéramos caso, ¡qué terrible sería esto!”, dijo el sereno. “Quisiéramos salvar nuestras almas”, dijo un criado labriego; “¡ojalá tuviésemos el libro de los Evangelios! Mi abuela tuvo uno; yo estaba muy afanoso de heredarlo, pero mi hermano mayor lo quería; yo entonces no podía hacer nada, y él ha emigrado a la Crimea.”

“Si no fuéramos tan pobres”, opinó el cantero, “podríamos reunir el dinero entre nosotros. En Petersburgo seguramente tendrían uno. Pero ¡a quién sobra ahora, en invierno, una perra chica!”

El viejo sereno suspiró: “Allá, en los pueblos finlandeses evangélicos dicen: no hay cosa más hermosa que el libro de los

Evangelios. Dicen que cuenta todo de Jesús, maravillosas historias. Y allí se puede saber con toda seguridad cómo uno puede salvar su alma.”

“Tenemos que comprar uno—dijo el padre de Ranz decididamente—. Me sobra aún un poco de dinero de la venta de una vaca. Mañana mismo voy a Petersburgo y compro uno.”

“¿Pero nosotros?”—dijo el viejo sereno—. “Sería miserable si yo no os dejara leer también en él”—contestó el bondadoso aldeano—. Tan miserable como si uno, en un camino oscuro, ocultara su farol debajo de la camisa en lugar de alumbrar a otros.”

Todos se gozaban cuando el próximo día por la mañana oían el trote de los pequeños caballos finlandeses sobre la carretera nevada. Que alegremente sonaban las campanillas del trineo.

“Ahora va por él”—dijeron los del pueblo—. En cada choza por donde pasaba el trineo se hicieron señas con la cabeza: “Ahora va por él.”

También Cristina se enteró por Ranz que su padre había ido por el libro de los Evangelios a Petersburgo.

“Que Dios quiera proteger por sus ángeles al trineo en este viaje”—dijo el sereno.

Al ponerse el sol se oía de nuevo el retintín del trineo. ¡Y más se oía! Cada vez, pasando algún cortijo se dejaba oír la voz fuerte del aldeano exclamando: “Lo tengo.” Así todo el pueblo se alegró. “A ver si nos lo dará alternando a cada uno”—dijo el zapatero—. “Entonces podía uno morir antes de que le tocara.”

La próxima mañana Ranz andaba como un cartero, de choza en choza. “Que vengán hoy todos a nuestro cortijo; mi padre

va a leer
También
tina. Por
pajarito
de los c
una cosa
Evangelio
impedir
Esta ta
da sorpr
Acababa
jarito, si
cortijo al
se oía el
entró im
tina, ven

Perlita
monte es
La niñ
juguetes
osito de
La ch
las tarde
quetita d
No ha
¡Era tan
de ojos!
Una m
su osito
Los os
jos. En
poblados
fin y al
de charla
Esta
la comer
El osi
pequeña
Entran
te, y al
Pero el

va a leer del libro." Y así invitó a todos. También llegó a casa de la prima de Cristina. Por primera vez desde que tuvo al pajarito lloró Cristina. Tanto ya sabía ella de los chicos del pueblo vecino, que era una cosa hermosa leer en el libro de los Evangelios. Y ahora otra vez se lo iba a impedir su pierna coja; ella no podía ir.

Esta tarde Cristina experimentó la segunda sorpresa grande en su vida infantil. Acababa de decir, todavía sollozando: "Pajarito, si tuviese alas como tú, volaría al cortijo al libro santo." En aquel momento se oía el sonido de las campanillas. Ranz entró impetuosamente en el cuarto. "Cristina, vengo por ti."

Apenas se había dado cuenta de lo que pasó, cuando ya se veía envuelta en una manta, como un gran paquete, en el trineo. Los briosos caballitos salieron. Cristina prorrumpió en exclamaciones de alegría al deslizarse como en un vuelo sobre la nieve resplandeciente; ella que nunca había podido ir cuando había algo bueno.

Pronto estuvo ella en el cortijo entre todos los demás y toda la habitación se llenó de gente. Reinaba un silencio profundo, cuando el aldeano cogió el libro y empezó a leer.

(Concluirá)

EL OSITO DE PERLITA

Perlita era la hija de los guardas de un monte espeso.

La niña del dueño solía regalar algunos juguetes a Perlita, y uno de ellos fué el osito de trapo.

La chiquilla del guarda se ponía todas las tardes a coser al brasero, y en una banqueta de madera sentaba al osito.

No hablaba, pero la acompañaba mucho. Era tan gracioso de forma! ¡Y tan vivo de ojos!...

Una mañana hacía sol y Perlita salió con su osito a coser a la puerta de la casa.

Los osos de verdad no andaban muy lejos. En enero ya sabéis que bajan hasta los poblados. Por eso el osito de trapo, que, al fin y al cabo, era osito, pudo oír un rumor de charla de los osos que se decían:

Esta noche robaremos a Perlita y nos la comeremos.

El osito de trapo no sabía decirle a su pequeña amita el peligro que corría.

Entraron en la casa la niña y el juguete, y al anochecer se sentaron al brasero. Pero el oso estaba muy triste ante el peli-

gro que se acercaba.

Llegó la hora de dormir, y la niña se durmió en su camita. Y el oso de trapo no hacía más que pensar y pensar en el modo de salvarla.

Entonces se le ocurrió una cosa: ponerse la ropita de Perlita y sentarse cerca de la puerta del dormitorio de la niña.

Llegaron los cuatro osos ladrones. Uno había sido de húngaros, y sabía mucho; abría y cerraba las puertas.

Entraron a obscuras. Se guiaban por el olfato; pronto dieron con la ropita de la muchacha que olía a ella. Y cogiendo uno de ellos al oso de trapo, y creyendo que era ella, salieron corriendo los cuatro a gran trote.

Al primer bocado advirtieron la paja que iba dentro y lo despreciaron. El osito de trapo volvió a casa.

Notó el guarda que le habían mordido los osos de verdad, y comprendiendo entonces el peligro en que estaba su hija aseguró bien las puertas. Y no pasó nada.

AVELINA CARBALLO

Correspondencia

¡Queridos niños y niñas!

Hace tanto tiempo que no os he escrito, que ya no os acordaréis de mí; pero también son muy pocas las cartas que yo he recibido de vosotros. Parece que nadie se quiere ganar un premio. ¿O quizá no sabéis mis señas? Porque con "Tita" solo no llegará ninguna carta a mi poder. Pues aquí van mis señas: *Doña Catalina de Fliedner. Bravo Murillo, 63. Madrid.* A Avelina Carballo, de Valladolid, le doy las gracias por su cuento, que, ante todo, tiene su valor: en que ella misma lo inventó. Lo podéis leer en este mismo número. Pero si os escribo hoy, no es solamente para recordaros por *tercera* vez, que aún estoy esperando artículos vuestros sobre alguna cosa artística o histórica de la ciudad o comarca donde vivís, sino para llamar por un momento vuestra atención sobre la historia de la niña finlandesa, que se titula "El pájaro

de Cristina". Al leer este cuento, uno u otro quizá dirá: ¡Vaya una cosa para alegrarse tanto! El libro de los "Evangelios", es decir, el Nuevo Testamento, lo tenemos todos y nos sabemos casi de memoria las historias de Jesús. Pero ¿sabéis lo que me llamó tanto la atención? Nosotros todos lo conocemos; sabremos trozos enteros de memoria, pero dejémoslo penetrar en nuestros corazones, ¿como esta pobre gente, sobre todo esta niña? Es muy bonito leerlo; pero, ¿es tan fácil practicarlo como lo hizo la niña? No tenemos todos miles de ocasiones de practicar el amor al prójimo... los que están *los más próximos*... y las dejamos pasar sin aprovecharlas. Esta niña, pobre e ignorante, comprendió que el amor de Nuestro Señor Jesucristo no se puede pagar con nada; pero que sí podemos demostrarle nuestro cariño de muchas maneras. Y ella le dió lo que más quería. ¿Verdad que es hermoso esto? Y nada más.

VUESTRA TITA

PRIMAVERA

La primavera ha vuelto;
la primavera buena...

Hay frescor en el campo, que a lo lejos verdea;
hay flor en los perales,
perfumes en el viento
que viene de las Sierras con margaritas nuevas.

¡Gracias, Señor, por esta
primavera que llega!

La primavera ha vuelto;
van cantando los niños
camino de la escuela...

Ayer, cuando vinieron, me contaron que han visto
por sobre las cumbres de las casas vecinas
revolotear alegres ligeras golondrinas,
con plumas en el pico;
que el abuelo ha podado las últimas hileras
de ramosos viñeros que circundan el huerto.

¡Gracias, Señor, por esta
primavera que ha vuelto!

Hoy están los rosales
cargados de hojas nuevas,
y los gruesos manzanos, como los durazneros,
han saludado el día con sus ramas cubiertas
con tantas florecillas,
que más bien es un traje de escarapelas...
Y yo estoy aprendiendo,
¡oh, Dios del universo!,
en cada primavera que mandas a la tierra,
en cada flor que nace
o en cada brote nuevo,
una lección profunda de tu bondad eterna.

¡Gracias, Señor, por esta
Primavera tan buena!

D. DARGAINE

PRECIO DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera: Caballero de Gracia, 60 - Madrid.